

can never be too proud. Sprung from that irrepressible race that has ever been distinguished in all ages, from the period when their Teutonic ancestors poured down in hordes after hordes from their Asiatic hives, and peopled Europe, and whose history stands conspicuously interwoven in all the great events of that most important continent. A race that has cherished from the earliest days of its history the germs of true liberty, and from whom, among all its kindred stocks, this sentiment has been developed into what are now regarded, as the fixed principles of constitutional freedom. Principles that have still further developed on a new continent, into the modern shape;—Democratic Republicanism, first in the United States of the North, next in Mexico and subsequently nearly all over the entire American continent.

Mexicans are particularly identified with the glories of that great and good man. Their country was distinguished by being selected as the most important field for his labors; and through his whole life, he entertained the kindest and most friendly sentiments for this people.

In no country then, is it more appropriate, than in Mexico to do honor to his worth and glory, and it is desired by all of his admirers, that Mexicans may equally enjoy that liberty, which was handed down from his race, and the fruits of the laborious investigations of their noble son.

The Club rooms were most magnificently illuminated, and attracted during the first part of the night, numerous admiring spectators.

De *El Renacimiento*, de 18 y 25 de Setiembre, tomamos los párrafos siguientes:

El Club Aleman, siguiendo el pensamien-

to iniciado por la «Sociedad mexicana de Geografía y Estadística,» solemnizó el aniversario del nacimiento del baron de Humboldt, con un concierto y algunos discursos.

No podemos hablar minuciosamente de lo que se hizo en la casa alemana, porque no fuimos invitados á concurrir. A este propósito, es justo consignar un hecho. La «Sociedad mexicana de Geografía» envió al presidente y socios del Club Aleman una comunicacion invitándolos á todos á concurrir á la sesion solemne que en honor del ilustre sabio se habia dispuesto para el dia 14 en la mañana. El Club Aleman solo mandó en cambio cuatro billetes para los miembros de la «Sociedad de Geografía.»

Esta benemérita Sociedad, que tan importantes servicios ha prestado á las ciencias histórica y geográfica, quiso manifestar de un modo solemne el alto aprecio y la admiracion que le merecen los grandiosos trabajos del baron de Humboldt, consagrando una sesion solemnísimá á su memoria.

Ciertamente que la funcion fué digna del ilustre cuerpo que la dispuso. Severa, magestuosa y notable por mil títulos, ella será un acontecimiento en los anales científicos del país.

En nuestra revista próxima hablarémos detalladamente de los magníficos discursos pronunciados por los Sres. Barreda, López Monroy, Bustamante y Ramirez, y de la poesía del jóven Santiago Sierra; contentándonos por ahora con decir que todas esas piezas fueron, en nuestro concepto, magníficas, particularmente el discurso de Ramirez, que como siempre quedó superior á todo encomio.

La funcion de la Sociedad fué un banquete científico, suntuoso. No hubo nada de música; pero no hizo falta, gracias á Dios, pues la voz de la ciencia se hace oír

mas sonora y mas magestuosa cuando no la acompañan los roncós sonidos de la trompa ó los gemidos del constipado óboe. No somos enemigos de la música; pero creemos que hay ocasiones en que no sería oportuna, como en el salon de Minería el dia 14 en la mañana.

El 14 de Setiembre, á las diez de la mañana, la «Sociedad de Geografía y Estadística» celebró una sesion solemne en honor del sabio alemán, é invitó á ella á todas las sociedades científicas y literarias de la capital. El gran salon de actos de Minería estaba ocupado por un concurso puramente científico é inteligente. Gracias á Dios, no habia allí lugar para ninguno de esos elegantuelos de traje abigarrado y de rizada cabellera, ignorantes y pretensiosos, que solo van á las funciones á oír música y á camelar á sus conocidas. No; allí la concurrencia era severa, varonil y digna del acontecimiento que se celebraba.

En cambio, estamos seguros de que en la República entera y aun en Europa hallará eco la voz de la ciencia que allí resonó, elocuente y magestuosa, para tributar la debida alabanza á los trabajos de un hombre quizás el mas eminente de su siglo, y de seguro uno de los mas útiles al progreso de la humanidad desde el principio del mundo.

En el salon de la Escuela de Minas se encerraba esa mañana todo lo que hay de mas conocido en la ciencia y en las letras de México. Además de la Sociedad de Geografía concurrían, como lo hemos dicho, la Sociedad de Historia Natural, la Sociedad Humboldt, la Sociedad de Ingenieros, la Sociedad de Bellas Letras, la Sociedad Filoiátrica y numerosos individuos que, sin pertenecer á ninguna de ellas, honran á México por su talento é instruccion. Asis-

tia también el encargado de negocios de la Confederacion Alemana, que ocupó una silla junto al presidente. Era este el Ministro de Fomento, que es el nato de la «Sociedad de Geografía y Estadística.»

Dió principio la reunion con la lectura de la acta de la anterior y del acuerdo de la Sociedad para honrar la memoria de Humboldt, cuya lectura hizo el secretario Payno.

En seguida ocupó la tribuna el doctor D. Gabino Barreda en nombre de la Sociedad Humboldt. Su discurso fué largo, y aunque poco adornado con las galas de la imaginacion, fué, en cambio, profundamente científico. Si el estilo no revelaba al hombre acostumbrado á la tribuna, ni al literato familiarizado con el lenguaje de las musas, sí era propio del profesor que planta su tesis y que la desarrolla vigorosamente, haciendo resaltar á cada paso sus consecuencias entre las dificultades de la argumentacion. El discurso de Barreda era preciso y terminante, como una demostracion matemática; examinó el carácter filosófico de las obras de Humboldt y sus trascendencias en el mundo moderno, así como sus principios fundamentales en el mundo antiguo; analizó la inteligencia del sabio alemán, estableciendo ciertas semejanzas entre ella y la inteligencia de Aristóteles, que personifica la era filosófica antigua, y la de Galileo, que personifica la era filosófica media, presentando despues como en un vasto panorama los progresos intelectuales de la humanidad, debidos á esta trinidad casi divina de talentos omniscios.

Pero como el dulce influjo de la poesía se hace sentir aun sobre los espíritus mas exactos é inflexibles, Barreda no pudo menos que hacer dos ó tres alusiones á esa gran poesía dantesca, que es en verdad la que mas se aviene, por su robustez y ma-

gestad, á la voz de la ciencia filosófica, y concluyó su discurso citando unos versos del gran poeta florentino.

Un aplauso sóbrio pero inteligente saludó al orador al bajar de la tribuna, en que tomó su puesto el jóven López Monroy, comisionado por la Sociedad de Historia Natural. La figura científica de este jóven es tan digna de llamar la atención, que nos creemos obligados á describir su figura física, segun la costumbre que hemos establecido en estas nuestras crónicas. López Monroy tendrá cosa de treinta años; su cuerpo es extremadamente flaco y endeble, pero su fisonomía brilla por la inteligencia que se descubre en su frente y en sus miradas. Su voz es débil, muy débil, y se conocia al acabar su discurso, que fué bastante largo, que aquella lectura era superior á sus fuerzas; pero su energía le sostuvo hasta el fin.

Como quiera que sea, él supo cautivar la atención del auditorio de una manera extraordinaria, y por apagada que fuese su voz, se hacia escuchar, merced al silencio profundo que reinaba en el salon.

El exordio de este discurso, como lo verán nuestros lectores cuando se publique el próximo «Boletín de la Sociedad de Geografía,» no es propio para dar idea del resto de la pieza oratoria; contiene frases vulgares y es demasiado largo y descolorido; pero López Monroy entra de lleno en su asunto, y entónces abandona las regiones bajas del exordio, y se eleva á las alturas de la ciencia y de la imaginación.

Aquel jóven flaco se transforma á nuestros ojos, y, conductor mágico de nuestra inteligencia, emprende, guiándonos, los viajes atrevidos del minero, del botánico, del navegante, del aeronauta y del astrónomo. Julio Verne no nos hace caminar de sorpresa en sorpresa por las entrañas de la

tierra, por los mares helados del polo, y por las regiones silenciosas del espacio, con mas encanto que López Monroy cuando describe los trabajos del baron de Humboldt en las minas, su romancesco viaje á las regiones equinocciales, sus estudios de las cordilleras y monumentos antiguos de la América, su exploración entre las selvas magestuosas de los Andes y al traves de las ricas praderas del Nuevo Continente, encontrando en ellas nuevas familias de plantas, cuyo jugo benéfico él destila por primera vez en la gran copa de la ciencia.

López Monroy ha demostrado en su discurso, que no tiene simples noticias de las obras del sabio alemán, sino que las conoce y las ha estudiado, porque las analiza una por una, las clasifica y determina los descubrimientos de Humboldt en la parte botánica, en la geológica, en la estadística, en la astronómica y aun en la moral que caracterizan á las secciones de la América Meridional y á nuestra México, que tan gran predilección mereció del ilustre viajero.

Ademas, Monroy hizo la biografía del baron de Humboldt, examinando los rasgos mas salientes de la vida del grande hombre con un juicio y una belleza de expresión, que no podriamos elogiar bastante.

Por esta prueba que el Sr. Monroy nos ha dado de sus talentos y erudición, no dudamos en asegurar que es un hombre de porvenir y que será uno de los ornatos de la Sociedad de Historia Natural, pléyade de luminosas inteligencias que son la honra del firmamento de la ciencia en México.

Igual aplauso que el anterior saludó á este tribuno que supo conmovernos con su saber y con su talento.

El Sr. Bustamante y Chico, otro jóven de la escuela especial de ingenieros, pronunció el tercer discurso, del que sentimos

no hablar, porque la pronunciación dificultosa del orador no nos permitió entenderle bien; pero dos ó tres trozos que alcanzamos á comprender, fueron bastantes á convencernos de que esta pieza es también de mérito, y valdrá á su autor una calificación lisonjera.

Después subió á la tribuna Ignacio Ramirez.

Sobre su discurso nada diremos, porque sería pálido. Analizar un discurso de Ramirez, y mas como el de que hablamos, sería analizar una tragedia de Esquilo, ó un canto del Dante. Tan grande así es y tan profundo; tan sublimes imágenes contiene; tan atrevidos pensamientos encierra y tanta sabiduría brilla en él: lo que hace Ramirez se destaca siempre de lo comun, y tendrá errores, pero no vulgaridad. Por eso despierta tanto el interés cuando habla y cuando escribe.

Al verle aparecer en la tribuna con aquellos ojos llenos de luz, con aquella frente de inspirado, sobre la cual se agitaban algunos mechones de cabellos blancos contrastando con su negra cabellera de indio y con su cutis tostado, hubo un movimiento general en el salon: los que se sentaban en los bancos lejanos corrieron á tomar asiento en los mas próximos á la tribuna; el auditorio se hizo compacto en derredor de Ramirez, y un silencio solemne, en el que podia escucharse el vuelo de un insecto, como suele decirse, precedió á las primeras palabras del gran orador.

Como le es difícil dejar de mezclar en sus obras mas serias frecuentes sarcasmos que brillan como relámpagos, que fascinan y que causan agitación, lo cual ha dado tanta semejanza al estilo de Ramirez con el de Voltaire, esta vez mezcló cuatro ó cinco entre las magníficas concepciones de su discurso, que apenas salidos de sus la-

bios causaron un efecto eléctrico en la concurrencia, que se sintió quebrantada por una risa irresistible. Pero eso no era mas que pasajero. Ramirez, con otro gran pensamiento volvía á elevar á su auditorio hasta las regiones de lo sublime.

Aquel concurso tan sóbrio en aplausos, no pudo mas, y por la primera vez interrumpió al orador con una salva inmensa. Mayor fué todavía la que saludó á Ramirez al bajar de la tribuna que acababa de convertir, al mágico influjo de su acento, en la trípede de la ciencia y de la libertad.

Sus últimas palabras fueron consagradas á recordar á los mexicanos, por un sentimiento de justicia y de gratitud, que Humboldt no era el único que merecía nuestras ovaciones por sus inmensos trabajos en favor de nuestro país, sino que el ilustre Bompland debía compartir con su inseparable compañero la gloria de ellos; y terminó su discurso con la siguiente frase, que si fué oída en las regiones inmortales, debe haber conmovido tiernamente el espíritu del sabio francés: *si la sombra de Humboldt nos contempla hoy, la de Bompland la acompaña.*

El jóven Santiago Sierra, hermano de Justo, y á quien designamos nosotros, comisionados por la Sociedad de Geografía y Estadística á la que tenemos el honor de pertenecer, para pronunciar una poesía en aquella sesión solemne, leyó una oda que pronto verá la luz pública, y que no queremos elogiar para que no se nos acuse de prodigar alabanzas excesivas á la juventud literata: pero los inelicientes harán justicia á esta composición, capaz por sí sola de dar el nombre de poeta á su autor. Menos conceptuosa que las de su hermano Justo, tiene la poesía de Santiago toda la entonación y la profundidad que caracteriza la escuela poética de Víctor Hugo,

fuelle en que los dos Sierra han bebido con abundancia.

Mil aplausos saludaron tambien al jóven Sierra que se presenta por primera vez á México, y que se ha conquistado las sim-

patías de todos, no solo por su figura simpática y franca, sino por su talento precoz.

Así terminó la sesion del 14, uno de los mas grandes acontecimientos que registran los anales de la ciencia mexicana.

ERRATAS NOTABLES DE ESTA ENTREGA.

Las Tablas Estadísticas se han copiado literalmente de la copia que existe en el Archivo; pero contienen algunas erratas que son conocidas, y que creemos necesario salvar en esta nota. Otras son puramente de imprenta.

En la página 4, columna 1ª, línea 36, dice: *europoos*; léase: *uropeos*.

En la misma página, columna 2ª, línea 2, dice: *Timpanagos*; léase: *Timpanogos*.

En la misma página y columna, línea 34, dice: *Jarras*; léase: *Parras*.

En la página 7, columna 2ª, línea 16, dice: *que á pesar de las órdenes del soberano experimentaron los vencedores*; léase: *que á pesar de las órdenes del soberano experimentaron de los vencedores*.

En la página 10, columna 2ª, línea 7, dice: *Canlandia*; léase: *Curlanda*.

